

# **LA CORRECTORA**

**Pseudónimo: La niña del jabón**

# LA CORRECTORA

## I.

Mi padre me exige que le haga compañía en el salón, pero se enfada cuando pongo un programa que no le gusta. Si me voy a la cama a ver la tele, me siento culpable, y al final soy yo quien acaba cediendo. La verdad, tampoco me cuesta tanto adaptarme, ser un poco flexible, mientras que él, a sus ochenta y ocho años, lo tiene más difícil.

Hace dos años que murió mi madre, y recuerdo haber pensado, entonces, que no la sobreviviría tanto tiempo. Siempre habían estado juntos. Empezaron a tontear cuando papá tenía dieciocho y mamá quince, pero hasta cumplido el servicio militar, a los veintiuno, no le dio ni un beso (no sé por qué le gustaba presumir de ello). En el tanatorio, me acuerdo, no paraba de repetir: “¿Qué voy a hacer yo ahora?”.

La vida, que es un juego de supervivientes, le dio la respuesta: por las mañanas, limpia el polvo, va a misa o habla con su amigo Gaspar en la zapatería, un taller viejo, casi prehistórico, donde mi padre se siente a sus anchas a pesar del olor a betún y cuero, a zapatería trasnochada. Yo vuelvo de trabajar a las tres y media y, después de comer, jugamos al mus, oímos la radio o vemos la televisión.

Hace algunos años, mi padre se presentó a un certamen literario convocado por la peña que frecuentaba los domingos, en la sede de una casa regional. Por una cuota anual insignificante, le daban de desayunar y comer, y pasaba el rato charlando con los otros viejos sobre política y poesía, con un moderado apasionamiento a causa de sus problemas de corazón. Dejó de ir sin un verdadero motivo, tal vez por el pique con un socio que le rebatió un argumento o le censuró una expresión desatinada; en realidad, dejó de ir por cansancio. Mi madre prefería quedarse en casa. Adoraba a papá y se obligaba a dejarle suelto a ratos. Si por ella hubiera sido, habría firmado ser su sombra siamesa.

El concurso consistía en resumir, en una página, sus actividades cotidianas, para convencer al jurado de lo más difícil: las ventajas de ser mayor. Quedó segundo, y le dieron una placa que antes exhibía orgulloso a todas las visitas, y de la que ya parece haberse olvidado. En su mesilla de noche guarda el manuscrito, gastado por el manoseo y las lágrimas.

“Muchas tardes me quedo dormido, pero casi nunca me acuerdo de lo que he soñado. Solo sé, mientras duermo, que sigo vivo, porque oigo las hojas del periódico que pasa mi mujer y el ruido de los platos en la cocina. Soy consciente de cuándo mi mujer llega a las esquelas, porque es lo que más le gusta leer y las hojas se detienen un buen rato, y también me doy cuenta de cuándo el grifo se cierra.

Cada día duermo más por las tardes y menos por las noches, y sé lo que eso significa: me estoy haciendo viejo. Repetirlo es una especie de consuelo, porque, en realidad, hace muchos años que me estoy haciendo viejo, y a veces me pregunto si no lo seré ya. Vivimos tan deprisa, que no vemos pasar el tiempo, y, como hemos sido jóvenes y todavía nos acordamos de aquellos años, nos decimos que algún día volveremos a serlo.

Lo que más me agrada de esta edad es que ya no tengo que gustar a nadie, y que, según Isabel, mi hija, me he dulcificado. Por ejemplo, hace un par de años empecé a echarle terrones al café, porque mi mujer lo prefiere así, y es agradable compartir ese sabor con ella. Después de tanto tarifar a propósito de esa tontería, supongo que María ha acabado por ganar la guerra. Tengo por costumbre tomarme un vaso de vino por las noches, y ahora lo acompaño con una lectura. Me dejo aconsejar por mi hija, que va mucho a la biblioteca, y procuro no bajar de un libro por semana, porque, como todo lo demás, lo de leer es una disciplina; y, en cuanto bajas la guardia, vuelves al lujo de la pereza.

Yo he leído poco en la vida, pero no me arrepiento. Las palabras hacen compañía a quien se siente solo, y la soledad ha venido a verme ya muy tarde. Ahora no se irá, pero, por lo menos, las palabras me protegen contra ella. Hay algo hermoso en los libros, y es que, cuando son buenos, te hacen sospechar que están contando tu propia vida.

Me gusta vivir, a pesar de todos los pesares; porque estoy convencido de que se está mejor aquí que allí”.

## II.

Hay días en que me llevo tarea a casa –soy correctora de estilo en una editorial–, y dicto los cambios por teléfono. La semana pasada, harta de regalar horas a la empresa, se me escapó una maldición que contrarió a mi padre. “¡No sé por qué trabajo por las tardes, después de lo que me pagan esos bastardos!”; y él me preguntó: “Pero, ¿es que no tienes un buen sueldo, hija?”. Se pensaba que seguía en la otra editorial, la infantil; y me imaginaba en un despacho, caprichosa soberana que prescribía las lecturas más saludables para los pequeños.

Mi padre y yo hablamos poco, quizá para ahorrarnos las peleas. Ya ni siquiera se acuerda de Juan Ramón, y yo se lo agradezco; puede que al fin haya asumido que no volveré con él. Nos queríamos, pero el amor no siempre basta. Cuando decidimos casarnos, éramos ya maduros y, aun así, Juanrra insistió en que tuviéramos un niño. Yo no me atreví. Tenía miedo de que naciera con problemas. Nunca me lo echó en cara, pero alguna vez sentí que me lo echaba al alma. Juan Ramón sabía siempre lo que tocaba hacer, y puede que un hijo hubiera salvado nuestro matrimonio; porque el amor es una fuerza muy poderosa, pero no más que el tedio o el silencio; y mi marido y yo hablábamos también muy poco.

En los tiempos de mis padres, todo era distinto. El mundo se movía con una parsimonia incapaz de esquivar el aburrimiento, y supongo que por eso el silencio no resultaba tan incómodo. Cuando mi padre me habla hoy de la única bombilla que había en la casa del pueblo, comprendo el valor tan diferente de las cosas. No había reemplazo: una sola bombilla, una sola casa, un solo hombre y una sola mujer. El sufrimiento, hoy, puede ser más atroz o descarnado, más imprevisto también, pero al menos muda de cara cuando le conviene.

He empezado a borrar estas páginas sin conocer el final de la historia. No me interesa, ni tampoco el nudo. De hecho, solo aspiro a descubrir el principio, pero no estoy

segura de que ese principio exista. Todo lo que veo son imágenes vidriosas, lánguidas, que se confunden con los sueños.

Tendría mi padre setenta años cuando dejó de dormir en la misma cama con mi madre. La excusa eran los ronquidos, pero lo cierto es que descansaba mejor en el sofá del salón. Ya fuera invierno o verano, marchaba por el pasillo con la almohada y una sábana para proteger el tapizado –en invierno añadía a esos aparejos una manta–, confiscaba el reloj de pared, que proseguía gimiendo en la encimera de la cocina, y se tendía hasta quedarse dormido y roncar, libre ya de codazos. La escena se repitió durante cinco años, hasta que, en una revisión rutinaria, le diagnosticaron unas arritmias y empezó a medicarse del corazón. Puede que ese fuera el principio, no lo sé. A partir de entonces, le cogió miedo a la soledad de la noche, y ya no se separó del cuerpo de mi madre.

Porque, ¿y si se moría y no nos percatábamos hasta la mañana siguiente?

Tal vez la vejez no sea más que eso: buscar con tesón un testigo de nuestra muerte, unos ojos fieles que nos acaricien en el instante de cerrar los nuestros, una voz que más tarde pueda contarlos. Así, el adiós resulta la mayor recompensa del amor.

Es curioso que, mirando las fotos del pasado, mi padre me parezca siempre el mismo hombre, acaso con más arrugas y canas, pero el mismo hombre a los cincuenta que a los sesenta o los setenta años. Pasara lo que pasara, era mi padre, lo mismo que el sol no pierde su condición de astro rey, ya sea en el momento de su nacimiento o de su ocaso. Sin embargo, yo reconozco todos mis cambios. La chica que me observa con el pelo liso y negro desde la repisa no es la misma que, por las mañanas, cuando se mira al espejo, lamenta la pérdida de tantos mechones grises bajo la guillotina del peine.

Vuelvo a esa repisa. El marco de la foto no puede reprimir las ilusiones y las quimeras de entonces. Eran demasiado fuertes. El viaje con Angelito y Marcos a Grecia, antes de que ambos se aburguesaran y yo dejara de verlos, o la noche en que, ebria perdida, Darío me invitó a la boda de un amigo suyo en Suiza, e improvisé una maleta y condujimos a ciegas hasta la frontera. Así era la chica de la fotografía, con su irremediable cara de santa

y un geniecillo maléfico que parecía susurrarle: “No dejaré que llegues muy lejos”.

No se equivocaba, pero, ¿qué significa “lejos”? ¿Quién puede trasponer la esquina y perderse en un vergel donde no hay memoria porque no se necesita, ni tristeza?

Oigo a mi padre pasar las hojas del periódico. Es como mamá. Se diría que, cuando llega a las esquelas, se recoge para rezar sin prisa por todas las almas. Lo hace en silencio. Solo a veces glosa la edad de los difuntos, sobre todo si lo han aventajado en esa justa que al final –no importa cuándo– siempre se pierde: somos fugaces seres de luz entre dos tinieblas. Después, deja el periódico sobre la mesa y va al baño a lavarse las manos, manchadas de tinta.

Hoy lo ha conmovido un horrible drama doméstico: el nuevo jabón no hace espuma. Lo veo con la pastilla en la mano, que ha traído goteando por todo el pasillo hasta el despacho, y me afea que compre esas cosas baratas. Le aseguro que me ha costado más que los habituales, pero le prometo bajar al supermercado en busca de un jabón espumoso. “Tú trae el de siempre, no hagas experimentos”, me ordena. “El jabón de siempre, papá. No volverá a ocurrir”.

¿Cuántas veces le he hecho esa promesa? “No volverá a ocurrir, papá”. Mi padre no supo que fumaba hasta que cumplí los cuarenta y le oculté mi separación durante más de un año. Cuando me vio con un cigarrillo entre los labios, le dije que era la primera vez que lo hacía y que su sabor me resultaba detestable. Si quedo a tomar unas cañas con mis amigas, le digo que estoy en una reunión de trabajo; y si alguna noche se me va la hora, lo primero que hago al llegar a casa es quitarme los zapatos y correr a mi habitación, para esconderme bajo las sábanas, como cuando tenía quince años. Al rato, noto que abre la puerta, se asegura de que estoy viva y dormida, y vuelve al cuarto, amansado ya por mi presencia. Una vez que me quedé en casa de una amiga, llamó a la Policía y a varios hospitales; y estuve dos semanas sin hablarle.

“No volverá a ocurrir, papá”. Era mentira. Todo se lo decía con la boca pequeña.

### III.

En el pueblo, yo soy la hija de Correína y Pocaprisa. Mi madre trabajó en Correos una temporada y mi padre siempre llegaba tarde a sus citas. En algunos casos los motes se heredan, así también las tierras o las enfermedades, pero yo me marché pronto a Madrid, y ninguno de los apodos cuajó.

Vamos al pueblo en Navidad y un par de semanas en verano.

Recuerdo la última Navidad que pasamos los cuatro en el pueblo, mis padres, Juanrra y yo. Fue hace tres años. Al terminar de cenar en Nochevieja, mi padre se levantaba, y todos lo seguíamos en ese ritual de buenos deseos y mejores propósitos. Papá siempre ha sido muy bueno proponiendo brindis, porque siempre ha sido muy sencillo. Aquella Nochevieja, como todas, deseó que la salud nos acompañara el año entrante, y que pudiéramos repetir esa cena muchas veces. Todos lo dábamos por hecho. Habíamos permanecido juntos tanto tiempo, que el porvenir parecía resuelto. Por supuesto que seguiríamos juntos. La muerte no nos quería para nada, y la costumbre o la rutina suplantarían la pasión que Juanrra y yo habíamos dejado de sentir el uno por el otro.

No fue así. Mi madre murió al año siguiente, y yo me separé. Aquellas Navidades se han convertido en un espejismo inalcanzable, algo así un vinilo que no puede volver a reproducirse. Es como si todo hubiera ayudado a que gozáramos de un último rapto de felicidad, antes de sucumbir al dolor que, tarde o temprano, deshace a todas las familias.

El paraíso se quebró tras aquel brindis. Pero todo había empezado mucho antes. Seguramente, con el mismo milagro de la vida.

Durante sus últimas semanas, mamá perdió la cabeza. Se rompió la cadera y la ingresamos en el hospital. La operación fue un éxito; pero, cuando despertó, no parecía ella. Tenía una fuerza descomunal y trataba de arrancarse la sonda por todos los medios. Fui la víctima propiciatoria de sus insultos, mientras que a Juanrra lo veía como a su salvador. Permaneció un mes en el hospital y volvió a casa sin haber recuperado la razón. Sus

momentos de lucidez eran cada vez más escasos y había días en que ni siquiera nos conocía por el nombre. No obstante, conservaba la memoria de algunos objetos, como aquella vez en que recordó la fecha y el lugar en que compró un servilletero que guardábamos tras una vitrina. Para mí, era un adorno superfluo y huérfano, hasta que mi madre lo rescató del aparador y lo devolvió a la cocina. Me dijo que me lo había regalado durante un viaje que hicimos a Sevilla, treinta años atrás; y se entristeció al comprobar que seguía sin acordarme a pesar de todos los detalles.

Cuando murió, la gente se acercaba y me susurraba el pésame entre dos besos o un abrazo. Algunos me decían: “Ha sido lo mejor que le podía haber pasado”, pero nunca lograron convencerme de esa máxima absurda. Lo mejor es vivir: “se está mejor aquí que allí”. Lo más incómodo era informar de su fallecimiento a los desconocidos: anunciarlo en el mercado, en la cafetería donde desayunaba, o a los compañeros de trabajo con quienes no tenía apenas relación.

El día en que se fue, comprendí que nos pasamos la vida preocupándonos por tonterías; pero también que es inevitable. Sabemos que vamos a morir, pero preferimos olvidarlo para esquivar la inacción a que nos conduciría la desesperanza. Las cosas son así.

Tal vez por eso escribamos: para buscar un sentido que, aparentemente, otros encontraron antes. Ahora, mi padre ya no escribe, pero en el cajón de su mesilla conserva algunas cartas y poemas que compuso de joven. Epístolas y romances a su amada, para que su corazón latiera dos veces: en el pecho y en esas hojas amarillentas que ahora me sacuden con un estremecimiento mezcla de gozo y extrañeza.

Mi padre, ese hombre que se ha quedado dormido en el sofá, fue también un soñador, como cualquier joven, un amante afectuoso y un luchador fiero, que aprendió a vivir igual que todos, desde la desnudez de la cuna hasta la bata negra que lleva ahora.

¿Qué crueldad es esa de la despedida? Los niños, tan frágiles, pueden derrotar a ejércitos imaginarios; y, sin embargo, sus abuelos caen aniquilados por un soplo de viento.



Mi trabajo es corregir a los demás: buscar erratas, denunciar gazapos, pulir el estilo de los autores y colaboradores de la editorial; pero no corregiría ni una sola coma en la vida de nadie. Todo me parece perfecto ahora que mi padre duerme, y quizá sueñe consigo mismo cuando era pequeño y nadie podía derrotarlo...

Tranquila, vacía y plena, escribo esta última frase antes de apagar el ordenador y bajar al supermercado para comprar una pastilla de jabón que haga espuma.